

La Política

Autoridad y su origen divino

La reflexión sobre el mundo actual puede tener una buena influencia en el espíritu, cuerpo y alma de las personas, siempre y cuando se enfrenten las cosas de manera correcta. En este sentido, la autoridad se presenta como un elemento esencial del orden social. Según Romanos 13, toda persona debe someterse a las autoridades superiores porque no hay autoridad sino de parte de Dios. De esta forma, la autoridad no se sostiene solo por poder humano, sino por un origen divino que le da legitimidad.

Los magistrados, según el texto bíblico, no están para infundir temor a quienes hacen el bien, sino para castigar a los malos. El servidor de Dios se convierte en instrumento de justicia, encargado de vengar y corregir a quienes actúan en contra de lo correcto. Aunque algunas autoridades puedan parecer perversas o injustas, se sostiene que Dios permite su existencia como parte de un plan mayor: disciplinar a los pueblos y humillar la soberbia. Además, se afirma que Dios tiene el poder de quitar y poner reyes según su voluntad, demostrando que el verdadero control está en manos divinas.

Las élites y sus planes perversos

En la visión presentada, la política puede ser vista como el arte de buscar problemas y aplicar remedios equivocados. Se denuncia que las élites que gobiernan el mundo buscan desestabilizar y controlar a los pueblos para beneficio propio, manipulando las estructuras sociales y económicas. Estas élites promueven planes de desestabilización que arruinan países, enferman a millones de personas y destruyen valores fundamentales de la sociedad.

Se critica con fuerza la destrucción de la familia, el aborto,

la homosexualidad y la eutanasia, considerados como estrategias deliberadas para disminuir la población. De acuerdo con esta perspectiva, estas acciones no son producto del progreso social, sino parte de un plan perverso diseñado por quienes ostentan el poder, con el objetivo de debilitar a las naciones y someterlas a intereses particulares.

La justicia divina y el juicio de Dios

A pesar de la aparente fuerza de estas élites, el texto subraya que Dios sigue actuando en el mundo. Se afirma que el Espíritu Santo se mueve sobre las aguas humanas, despertando a quienes buscan la verdad y preparando el juicio para aquellos que se oponen a su voluntad. Esta idea se refuerza con una cita atribuida a Abraham Lincoln: “no se puede engañar a todo el pueblo todo el tiempo”, recordando que la verdad y la justicia terminarán por imponerse.

Además, se sostiene que las élites olvidan que existe un Dios que se ríe de sus planes y que prepara su juicio, del que nadie escapará. La justicia humana puede pervertirse, pero hay una justicia verdadera que emana de Dios y que se realizará en su momento, tal como lo narra el profeta Isaías. En este marco, el mal no queda impune, y la esperanza se sostiene en la certeza de que la justicia divina prevalecerá.

La corrupción de los gobernantes y la promesa de gobernantes justos

El texto denuncia la corrupción de los gobernantes, describiendo a los príncipes como prevaricadores y compañeros de ladrones que aman el soborno. Se señala que no hacen justicia al huérfano ni a la viuda, lo que evidencia una sociedad en la que los más vulnerables quedan desprotegidos. Sin embargo, se anuncia que Dios tomará satisfacción de sus

enemigos y limpiará las escorias e impurezas.

En contraste, se promete que llegará un día en el que habrá gobernantes fieles y justos, capaces de dirigir con integridad. La palabra divina abrirá los ojos a verdades profundas que traen libertad y luz a los seres humanos, como se menciona en el libro de Eclesiastés. Esta promesa se presenta como una esperanza para quienes sufren bajo la opresión y la injusticia.

El juicio divino y la llamada de Cristo

Se afirma que es mejor lo poco del sabio que vive en paz que las riquezas de muchos pecadores, y que las palabras del sabio son mejores que el clamor del señor entre los necios, según el libro de Eclesiastés. Este contraste entre sabiduría y riqueza se utiliza para enfatizar que el verdadero valor no está en el poder material, sino en vivir conforme a la voluntad de Dios. El texto también recuerda que Dios llamará a cuentas a todos y que nadie se librará de la justicia verdadera. Se menciona el Salmo 64, donde se advierte que los malhechores serán heridos por Dios con saeta de repente. Asimismo, se destaca que el llamado de Cristo para sus siervos es diferente: en Juan 12 se dice que quien ama su vida la perderá, y quien aborrece su vida en este mundo la guardará para vida eterna. Esto plantea una invitación a la entrega total, incluso ante la persecución o el sacrificio.

La recompensa divina y la servidumbre a Dios

La idea central es que Dios honrará a sus siervos y castigará a sus enemigos. Se menciona que las ovejas estarán a la derecha y las cabras a la izquierda, una imagen bíblica que representa la separación entre los justos y los malvados en el

juicio final. Esta visión refuerza la certeza de que la justicia divina no falla y que el bien será recompensado. Se destaca que la nobleza del Señor hace bueno al servidor, y que Dios está llamando a personas que pongan sus vidas al servicio del Dios creador del universo, perfecto y todopoderoso. Esta llamada se presenta como un propósito superior, que da sentido a la vida y orienta a quienes desean vivir en armonía con lo divino.

La paciencia en la fe y la vida dedicada a Dios

Finalmente, se afirma que no hay gobierno que perdure ni mal que cien años dure, por lo que se debe tener paciencia y seguir orando, confiando en que Dios tiene la última palabra. Esta idea invita a mantener la fe incluso en tiempos de crisis, sabiendo que la historia está bajo el control divino. Se concluye con un llamado a brindar por hombres y mujeres valientes que han puesto sus vidas al servicio del Dios creador del universo, afirmando que por él vale la pena vivir la vida. Así, la esperanza y la confianza en la justicia divina se convierten en la base para enfrentar los desafíos del mundo moderno, con la seguridad de que la verdad y el bien finalmente prevalecerán.